

Hacia una cultura del agua y su preservación

Idalberto Águila

Instituto de Desarrollo Experimental de la Construcción.

Facultad de Arquitectura y Urbanismo. Universidad Central de Venezuela

Dos terceras partes de la superficie terrestre se encuentran cubiertas de agua y se estima que en total existen 1.300 trillones de litros del preciado líquido. Parece mucho, sin embargo, solo el 2,53% de ésta es agua dulce. Gran parte del agua dulce se encuentra inaccesible en los casquetes polares o con acceso limitado, formando parte de las aguas subterráneas. Sólo un pequeño porcentaje aparece como aguas superficiales de fácil acceso pero sometidas a un creciente riesgo de contaminación.

La cantidad de agua verdaderamente disponible para el consumo humano es escasa, sobre todo si se toman en cuenta los recursos y la energía que se requieren para su potabilización. Esto último constituye el elemento principal por el cual se tiene desniveles tan grandes entre el consumo de agua de los habitantes de los países desarrollados respecto a los de los países subdesarrollados. Se estima que el consumo de agua promedio por habitante en el mundo es de 137 litros diarios. Sin embargo esta cifra asciende a 600 litros en Estados Unidos y a valores entre 250 y 350 litros en los países europeos, en tanto que en África Subsahariana tan solo oscila entre 10 y 20 litros.

La situación tiende a complicarse por el aumento tanto de la población global como del consumo por habitante. Durante el siglo XX la población mundial se multiplicó por 3, en tanto que el consumo de agua lo hizo por 6. Actualmente el 20% de la población (más de 1.100 millones de personas) no tiene acceso a agua de calidad suficiente.

El tema del agua cobra cada vez mayor fuerza en los organismos y foros internacionales y se comienzan a trazar planes a mediano y largo plazos para atender esta compleja problemática. El Segundo Foro Mundial del Agua celebrado en La Haya, en el año 2000, adoptó como metas, para el año 2015, reducir a la mitad la proporción de personas sin agua, en tanto que para el 2025 se pueda brindar agua a toda la población. En Noviembre de ese mismo año las Naciones Unidas, en su Declaración del Milenio, hizo suya la primera de estas metas. Sin embargo estos objetivos sólo podrían cumplirse si se logra la voluntad política necesaria y el concurso de profesionales, técnicos y otros factores de la sociedad que tengan relación directa o indirecta con el tema, incluyendo por supuesto a los propios usuarios.

Muchos estudiosos sostienen que el problema del agua constituye uno de los aspectos de mayor incidencia en la grave situación actual de emergencia que vive el planeta y defienden que la solución al problema pasa necesariamente por la combinación de medidas de carácter político, con una adecuada educación ciudadana y una reorientación a nivel global del desarrollo científico y tecnológico.

Desde el punto de vista técnico existen muchas potencialidades para lograr una mejor gestión y utilización de las aguas. Se han desarrollado técnicas novedosas y más efectivas para la evaluación de la calidad del agua, detectando la existencia de sustancias tóxicas o microorganismos patógenos, así como tecnologías para el tratamiento de aguas residuales y su reutilización. Se cuenta con tecnologías sostenibles para reducir la contaminación de las aguas y más aún para prevenir problemas de esta naturaleza, evitando a tiempo que los contaminantes lleguen a ingresar a las corrientes de desagüe y puedan ser tratados separadamente. También se busca impedir el agotamiento de los recursos hídricos, tanto superficiales como subterráneos, con formas de control extremadamente fiables que llegan hasta la vigilancia satelital de las cuencas.

En este número se presentan algunos trabajos que siguen ese enfoque, como el de Bernardo Espinosa y otros sobre el tratamiento de aguas residuales y el de la Arq. Diana Wiesner, relativo a la propuesta de recuperación de humedales periféricos de la Ciudad de Bogotá en Colombia, proyecto premiado con mención en el Concurso Holcim Aguards 2008.

Formas hay y ejemplos también, lo que falta es la decisión responsable de abordar este problema de manera holística, reconociendo las dimensiones éticas, sociales, económicas, políticas, culturales, etc. del problema y asumiendo el reto de introducir cambios radicales en nuestra concepción de la naturaleza y en nuestros estilos de vida y escalas de valores. Es decir, se requiere un profundo cambio cultural donde se reconozca una nueva cultura, la cultura del agua, en la cual se tome como principio universal el respeto a los ecosistemas naturales y donde los ríos, los lagos y los acuíferos sean considerados patrimonio de la biosfera y sean como tal gestionados de una manera controlada y sostenible.